Acad-II
Esp-121

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PUBLICA

DEL SACERDOTE

Dr. D. Resurrección María de Azkue

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA VASCA

EL DÍA 30 DE DICIEMBRE DE 1928

R 40791

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL SACERDOTE

Dr. D. Resurrección María de Azkue

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA VASCA

EL DÍA 30 DE DICIEMBRE DE 1928

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

BILBAO
EDITORIAL VASCA
1928

DISCURSO

DEL SACERDOTE

Dr. D. Resurrección María de Azkue

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA VASCA

Señores Académicos :

Uno de los primeros acuerdos que tomó la Academia regional vasca, a la que tengo el honor de pertenecer, fué que uno de sus miembros llegase a Madrid para estudiar la organización de la Real Academia Española. Vine yo mismo con tan honroso encargo, habiéndome abierto paso el que era ya buen amigo mío, hoy digno Director de esta ilustre corporación. Vuelto a mi comarca, al referir a mis colegas las impresiones que en este recinto tuve, hablé principalmente de dos ilustres académicos qua ya no se sientan entre vosotros : de don Antonio Maura y don Daniel de Cortázar. A nadie podrá extrañar que los discursos leídos aquí por sus respectivos sucesores fuesen por mí ávidamente estudiados, no sólo por la amistad con que uno de ellos me honra, ni únicamente para que sus trabajos sirvieran de modelo al que había yo de elaborar, sino por el atractivo que aquellos personajes ejercían y siguen ejerciendo en mí. ¡Quién tuviera —me decía entonces a mí mismo— quién tuviera por predecesor a un Maura o a un Cortázar, cuya figura fuese la ilustración de mis pobres cuartillas! Resignado a presentarme ante vosotros como un pequeño Melchisedech, sin genealogía, tuve que esforzarme en dar con una materia que fuese de vuestro agrado y ajustada a mi condición. Entre las obras que al efecto leí hay una muy reciente, *Die Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde* (1), en que se habla con encomio de un erudito español, Lorenzo Hervas Panduro, quien escribió gran número de obras allá cuando esta disciplina nuestra iba pronto a dejar de ser estadística de datos lexicales para convertirse en la noble ciencia de la Lingüística. Había yo en mi mocedad hojeado algún tanto su *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* (2), y aun recuerdo con fruición haber visto en él

por vez primera el vocablo vasco *margo* color, arcaico ya, no registrado en el único Diccionario vasco entonces conocido (3), cuyos derivados, *margul* descolorido y *marguldu* perder el color, los conserva aún el pueblo.

Acaricié entonces la dulce hipótesis de que tal vez haya sido Hervas Panduro antecesor mío en los estudios a que me he dedicado, y no pudiendo haber sus obras aquí entre nosotros, aproveché este verano mi paso por Londres para leerlas en el Museo Británico. A poco de haber empezado a hojearlas leí una etimología suya que me dejó confuso. La palabra *bastardo*, según él, es de origen vasco y viene de *oŕek baztar dik* ese tiene orillas... No tardé en leer una confesión suya, que vino a cortar en flor mi acariciado proyecto: que no sabía vascuence y que las únicas noticias que de él tenía las adquirió del Diccionario de Larramendi, que puso un amigo en sus manos (4). Tuvo, sí, relaciones con vascólogos de su época. Por manuscritos que recogió Guillermo de Humboldt el año de 1801, archivados hoy en la Biblioteca imperial de Berlín, donde he tenido el gusto de consultarlos en dos ocasiones, sabemos que Hervas animó a don Juan Antonio de Moguel a que examinase datos que había él de enviarle acerca de la Toponimia de Cataluña, pues hallaría sin duda en ellos muchos vocablos vascos; y probablemente a indicaciones suyas se debió que el culto párroco de Marquina escribiese un manuscrito, que también he visto y lleva por título *Disertaciones ilustrando la Historia y Geografía de España*, obra que su autor puso en manos de Humboldt, según se colige de una carta (5) que a este gran vascólogo y fervoroso vascófilo escribió don Fausto de Corral, ascendiente de los marqueses de Narros.

Al volver de mi expedición fluctuaba yo entre tema y tema para este mi trabajo, más que entre olas el barco en que remonté el Atlántico. Por fin, previa consulta con nuestro digno Director, me resolví a exponeros ALGUNOS RASGOS CARACTERÍSTICOS DEL VASCUENCE COMPARADOS CON LOS DE OTRAS ANTIGUAS LENGUAS.

Movióme a esto la convicción de que no es a mí a quien habéis abierto las puertas de este alcázar de la Lingüística, sino a la lengua, única ya de las que se hablaron en Europa en tiempos prehistóricos. Por lo mismo, en vez de hacer lo que a diario como sacerdote ante el altar, inclinarme y confesar mi pequeñez,

quiero hablaros de la lengua a la cual por vez primera se rinde solemnemente este muy merecido homenaje, con lo cual habéis ganado el aplauso de todo buen vasco.

Tal vez algunos de mis eminentes colegas, al ver levantarse entre ellos a un vasco que ha dedicado gran parte de su vida casi exclusivamente al estudio de la lengua materna y a cantos y cuentos y costumbres y danzas y populares creencias de su viejo pueblo, tal vez teman oír una serie de ditirambos fundados no más que en etimologías, más bien deportivas que científicas, en una imaginación caldeada por un fuego no siempre lento y siempre en actividad por espacio de unos cuarenta años. Pero ya de los panvasquistas del siglo XVIII no queda uno allí entre nosotros. El último, que por cierto no fué vasco sino de afición, vivió sus últimos años y murió este mismo año aquí en Madrid.

Hace algún tiempo hallábame yo, como ahora, en vísperas de dar una conferencia, perplejo acerca de la materia que había de ser su objeto, cuando llegó a mis manos un trabajo muy interesante de un jurisconsulto francés acerca de los Atlantes. En la primera de sus cuatro partes se veía que la Atlántida no la poblaron los egipcios; en la segunda y tercera, que tampoco fueron griegos ni romanos sus pobladores; en la cuarta se exponía que lo fueron los vascos. Leí toda la obra, especialmente esta última parte, con la avidez que fácilmente puede adivinarse; y llegó el día de la conferencia y leí mis humildes cuartillas en aquellos dulces acentos que sonaron alrededor de mi cuna, y para nada cité aquel antiquísimo imperio de cuya existencia, según Platón, parece que se enteró Solón, su compatriota, por unos sacerdotes de Egipto. No sé quién fuimos y entremos en materia.

I. Lingüistas modernos designan con el nombre de anafóricos aquellos vocablos que de interrogativos han pasado a la categoría de relativos, sin otro cambio que el de su entonación en el lenguaje hablado y la falta de acento en el escrito. Como interrogativos se acentúan prosódica y, en español, hasta ortográficamente; como anafóricos son átonos. Citaré unos ejemplos: «¿Quién ha dicho eso? Quien ha dicho eso no sabe nada. —¿Qué tienes tú? Lo que tú tienes vale poco.—¿Qué dice? Dice que vengas.—¿Dónde estuviste? Donde tú estuviste no puedo estar yo.—¿Cómo hiciste eso? Como tú lo hiciste lo puede cualquiera».—Y así podría seguir citando ejemplos de otros

interrogativos como cuál, cuándo, cuánto, por qué y sus anafóricos, cual nosotros, cuando venga, cuanto sabe, porque dice... etcétera. En vascuence, «quién» es *nor;* cuándo, *noiz;* cuánto, *zenbat;* para qué, *zertarako;* por qué, *zergaitik;* pero no existen sus anafóricos. ¿Quién ha dicho eso? es *Nork esan du ori?*, pero «Quien ha dicho eso no sabe nada» no es *Nork esan du ori,* sino *Ori esan duenak eztaki ezer.* Y así podría ir traduciendo todos los ejemplos antes citados, sin que apareciese uno solo de los interrogativos atonizados (6).

En Malayalam, idioma dravidiano que se habla en la costa de Malabar y es manejado y expuesto, entre otros, por nuestros carmelitas, los interrogativos, por lo menos los pronominales, tampoco han degenerado en anafóricos (7). Sabemos, en cambio, que lengua tan antigua también como el Sanskrit posee precisamente éstos, los correspondientes a los interrogativos pronominales, según leemos en la hermosa obra del lingüista francés Michel Breal *Essai de Sémantique*, página 229. Ignoramos, sin embargo, si los poseyó el idioma popular con que el Sanskrit fué elaborado.

El autor de este ensayo de Semántica da tal importancia a estas categorías gramaticales, que, según él, «la creación de un pronombre relativo es uno de los acontecimientos capitales en la historia del lenguaje», y añade que «sin un vocablo así hubiera sido imposible» la expresión de «una idea algo fuerte, algo completa» (8). Con todo, de haber nacido Bréal a orillas del Adour y hablado el idioma de aquella región, es muy posible que tal aserción no hubiera salido de su pluma; pues en vascuence, con la misma fluidez que en lenguas indoeuropeas, decimos las frases antes citadas «dice que vengas, donde tú estuviste, como él lo hizo» sin citar para ello los interrogativos, ni siquiera en atonía, qué *zer*, dónde *nor* y cómo *nola: i etoŕi aiteala dio, i egon intzan tokian, berak egin zuenez.* Nos cuesta, sí, y mucho, traducir frases como «la ceguedad en la cual se expresan». Los tratadistas del siglo XVIII, conforme a su teoría antes citada, decían esa frase sin escrúpulo con el interrogante *zein: ...itsumendea zeiñean darasaten* como puede verse en el hermoso Prólogo de Larramendi (en mi concepto lo mejor que salió de su fecunda pluma) a una obra de Mendiburu (9).

II. El célebre lingüista y vascólogo italiano Trombetti, en sus justamente celebradas *Le Origini della lingua basca* y

Elementi di Glottologia, expone, generalísimamente con gran acierto, multitud de cuestiones acerca de esta nuestra lengua, que él tanto aprecia. Una de ellas, a la que parece mostrar más afición, es la relativa al caso de declinación que él, con Fink y algún otro lingüista, llama ergativo (del griego *ergon* obra), y los demás grandes lingüistas modernos *casus agens* o simplemente nominativo agente o caso activo. Además del vascuence lo poseen también las lenguas caucásicas, por lo menos las septentrionales, según se lee en la muy recomendable y moderna obra *Langues du monde* (10); las de la Indochina, las del grupo Papua-australiano y las paleoasiáticas y americanas (11). Padre, por ejemplo, se dice *Aita* con verbo no transitivo; con uno así decimos *aitak*. El padre es bueno *aita ona da*. El padre viene a casa *aita etxera dator*. El padre sabe mucho *aitak asko daki*. (Creo oirán con gusto los romanistas que *aita* y *ama*, sin duda por ser únicos para cada individuo, son nombres que, como los leoneses padre y madre, no reciben artículo). Merece también ser notado que en las lenguas Chürkila y Lak, del Cáucaso, lo mismo que en la pirenaica, la misma partícula indica este *casus agens* y el plural. *Ka* en aquellas lenguas es mano, y *kani* manos, como también mano en actividad. En la nuestra, *gizonak daki* es el hombre sabe, y *gizonak dakie* o *dakite* los hombres saben.

Del examen de este sufijo ha surgido una cuestión entre los tratadistas vascos modernos acerca del carácter de nuestro verbo transitivo. Unos, con Stempf, Müller, Schuchardt y algún otro, dicen que este verbo es esencialmente pasivo, de tal suerte, que *aitak asko daki*, más bien que «padre sabe mucho», significa, según ellos, «mucho es sabido por padre». Nada de extraño tiene que los que no hablan una lengua, por bien que teóricamente la conozcan, no lleguen a hacerse cargo de algunas de sus minucias. El verbo vasco tiene forma pasiva, pero no en la conjugación, sino en infinitivo : una de pretérito, otra de futuro. Es sabido por padre no es *aitak daki*, sino *aitak yakina da*, que tiene por sinónimos *yakinikoa* y *yakindakoa*. Es de saber por padre (es cosa que ha de ser sabida por padre) no es la lindísima forma, ya casi arcaica, *aitak dakike*, cuya significación propia es lo sabrá padre, sino *aitak yakitekoa da*. Y son formas tan incrustadas en el meollo mismo de la lengua, que aunque esta última, la pasiva del futuro, no la tiene el castellano,

la conserva el vascuence en todo su vigor. Digo esto, porque habiendo perdido de su riquísima conjugación en los últimos tiempos muchas flexiones, todas o casi todas son precisamente las que faltan al castellano. Por no ser largo he de citar sólo dos ejemplos. La lengua de Cervantes ya no conserva el subjuntivo presente con la conjugación hipotética, aunque sí con las demás conjunciones. Decimos «para que yo venga, cuando yo venga, desde que yo venga»... etc., etc.; pero en vez de «si yo venga» decimos creo que todos «si yo viniera ahora». He recorrido varias veces todas las zonas del País Vasco; últimamente, estos dos años pasados, en busca de flexiones verbales populares. En dialecto vizcaíno hay todavía zonas en que se dice *ni etoŕi banadi*, literalmente «si yo venga»; en el guipuzcoano nadie me dió otra flexión que la remota del subjuntivo *etoŕi banendi* «si yo viniera ahora, o una aún más pobre, la de futuro: *etoŕiko banintz* «si yo viniera», literalmente «si yo hubiera de venir». No sé de cuándo viene el abuso que en castellano se hace del futuro. Llama uno a la puerta de un gabinete, y los de dentro dicen muchas veces «será fulano, será zutano», como si el individuo que trata de entrar no fuese alguien en aquel momento presente. Mirad cuántas expresiones, todavía corrientes, tiene el vascuence para significar ese «será fulano»: modo fortuito, *urlia alda;* modo conjetural, *urlia edoda;* modo evidencial, *urlia bideda;* modo dubitativo, *urlia oteda* (o *eteda);* modo interrogativo, ya perdido casi por completo en dialectos españoles, *urlia dea;* y fuera ya de estas modalidades de conjugación, tenemos estas otras expresiones: *urlia da ausa, urlia da agian, urlia da ameneko*, y siete u ocho más, como puede verse en el Tratado de *Morfología Vasca*, página 261. Sin embargo de esto, cuando llaman a la puerta de un gabinete, allí, en nuestra región, muchos suelen decir *urlia izango da*, traducción literal de «será fulano». De aquí saquemos en consecuencia que cuando, a pesar de faltar el futuro pasivo en castellano, lo tiene y muy floreciente el vascuence, debemos deducir que la pasividad verdadera, no la pretendida, es algo vital en esta lengua. Para terminar esta cuestión del *casus agens* diremos que, en forma activa, no tiene traducción en castellano, como tampoco en cien otras lenguas; en forma pasiva equivale a una de las siete acepciones de la preposición «por», la de causa eficiente, que se expondrá más tarde (12).

III. Este *casus agens* nos lleva como de la mano a dar una idea de la declinación vasca. Algunos niegan hasta su existencia. Schuchardt, en su estudio de la declinación ibérica, dice: «siempre me ha causado cierta extrañeza la... afirmación de Van Eys, a saber, que el vasco no tiene declinación y que emplea sufijos en vez de casos —como si éstos no fueran sufijos—, y que se sirve también de preposiciones. A fe que no sabría decir cuál es la diferencia esencial que existe entre el vasco *izen*, *izenen alaba*, *alabai* y sus sinónimos latinos *nomen*, *nominis - filia*, *filiai* (dat.), mientras que el romano *du nom*, *a la fille* se diferencia notablemente de ambos (13).

Indudablemente, diré por mi cuenta, la declinación vasca no es igual a la de las lenguas clásicas. En la nuestra el tema queda siempre intacto, y los sufijos que la constituyen aparecen por lo mismo más en relieve que los de aquellas lenguas, sin que por esto dejen de merecer la denominación de desinencias. Su categoría gramatical es la misma; idénticas son sus funciones. Si el quedar intactos los temas de nuestra lengua fuese razón suficiente para negar la existencia de la declinación vasca, habríamos de rechazar asimismo su derivación; pues los temas en este ramo de la Morfología permanecen también intactos en nuestra lengua y en otras no. De *suavis* se originan *suavior*, *suaviter*, *suavitas* sin la *s* final del tema; y de nuestro *bigun* (latino *suavis)* nacen, sin pérdida de elemento alguno, *bigunago*, *bigunki*, *biguntasun*, que valen por los tres derivados latinos antes citados (14).

Penetremos más en el fondo de la cuestión. No deja de tener cierto fundamento, y al parecer sólido, la opinión de los que niegan nuestra declinación, pues sus desinencias, muchas por lo menos, equivalen a preposiciones de otras lenguas; y como no se tienen como declinados los nombres precedidos de ellas, como, por ejemplo, *en casa*, *desde casa*, *a casa*, *para casa*, *hacia casa*, *hasta casa*, de aquí que sus equivalentes vascos *etxean*, *etxetik*, *etxera*, *etxerako*, *etxerantz*, *etxeragino*, tampoco se quieran admitir como casos de declinación. A esto diré que las preposiciones de las lenguas indoeuropeas, que en la nuestra y en muchas otras como el magyar, las caucásicas, americanas... etc., son posposiciones, pertenecen a dos clases distintas: unas designan algo concreto, un límite de lugar, como *sobre*, *bajo*, *ante*, *tras*, *junto*. Estos elementos son incluídos en nues-

tra Gramática en el número de meras posposiciones, no se cuentan como desinencias o sufijos de declinación, pues ellas a su vez se declinan mediante estos sufijos: *etxe-gainean*, *etxe-azpitik*, *etxe-aurera*, *etxe-atzekoa*, *etxe-ondora*. (*Gain*, *azpi*, *aurre*, *atze* —un tiempo *aur* y *atz*— y *ondo* son los vocablos correspondientes a sobre, bajo, ante, tras y junto). Las otras posposiciones que denotan mera relación de nombre a nombre, de nombre a verbo... etc., son incluídas en la categoría gramatical de desinencias declinativas. Estos elementos son, respecto de los nombres, lo que las preposiciones *a*, *con*, *de*, *in*, *pro*, *re*, *se* respecto de verbos como el latino *ducere*. ¿Qué son aducir, conducir, deducir, inducir, producir, reducir y seducir? Vocablos derivados. Es evidente. Pero si seguimos el criterio de los que niegan la declinación en vocablos como *etxera* a casa, *etxeko* de casa, porque «a» y «de» son preposiciones, habríamos también de negar que haya derivación en *aducir*, *conducir* y *deducir* porque «a», «con» y «de» son los mismos elementos, preposiciones. De consiguiente, o se niega la derivación verbal castellano-latina o se admite nuestra declinación nominal, como también la adverbial y verbal, aun la declinación del mismo verbo conjugado; pues sus desinencias viven unidas, inseparablemente unidas a varios temas, como viven unidas las preposiciones antes citadas a temas verbales como *ducere*.

IV. Schuchardt, en sus *Estudios Vascos*, dice: «La conjugación vasca no es lo difícil que el diablo, como cuenta la fábula, tuvo que despeñarse desesperado al mar después de haberla estudiado varios años, ni lo fácil que, según ha sido propuesto, el vascuence podría colocarse en el lugar del volapük; no es sin par creación divina, ni obra humana como cualquiera otra» (15).

Trombetti, en su obra *Elementi di Glottologia*, afirma lo siguiente: «un ejemplo de lengua incorporante en Europa se tendría en el vasco, en el cual se hallan formas como *n-a-bil-ki-o* yo ando a él, *d-a-kar-t* lo traigo yo, y otras bastante más complejas. Pero se trata de procesos que no tienen nada de especial y que ocurren en muchas lenguas».

Veamos si, a pesar de esta afirmación, hay en nuestra conjugación por lo menos algún rasgo que no se ve en la de otros idiomas, aun antiguos. Nuestro libro de *Morfología Vasca*, página 537, la define así: «la conjugación en nuestra lengua es la combinación de características personales, de tiempo, modales,

numéricas, conjuntivas y a veces hasta de trato social con la radical de un verbo». ¡Hasta el trato social caracterizado en la conjugación! ¿Podrá ser verdad? Demos antes ligera noticia de otros elementos que la constituyen. Los personales son:

A) Prefijos cuando representan a parientes u objetos de acción transitiva; por ejemplo, la *n* de *nator* vengo y de *narabiltzu* me movéis. B) Son infijos al designar objeto indirecto, como la *kid* (compuesta del reflexivo *ki* y el personal *d)* de *datorkidala* que se me venga, y *kigu* de *doakigunean* cuando se nos vaya. C) Son sufijos si funcionan como agentes: *eroŕek dakik* tú mismo lo sabes, hombre.

Todos los pronombres personales terminan en *i* o en *u:* ni yo, *i* tú, *gu* nosotros, *zu* vosotros (hoy vos). En vez de los demostrativos actuales *au*, *ori*, *a*, un tiempo parece que vivieron el hoy exótico *du* esto y el *bi* «eso», existente en lengua sumérica (16), a juzgar por los elementos personales objetivos *d* y *b* de nuestra conjugación: *daki* lo sabe, *beki* sépalo.

El terminar nuestros pronombres personales en vocales débiles y por lo mismo elidibles, ha facilitado su flexión en la conjugación de nuestro verbo. De haber servido de finales las vocales fuertes *a*, *e*, *o*, la conjugación habría sido muy otra, desde luego menos flexible y más dura al oído.

Uno de los elementos agentes parece ser alógena. El yo agente ya no es *nik*, como fuera del verbo, sino el fonema *d*, resto del pronombre caucásico septentrional *du* yo (17): *dakidana* lo que yo sé. Cuando este elemento es final de una flexión verbal, se pronuncia como *t: dakit* lo sé yo, *dadukat* lo tengo. Esto mismo sucede en muchas, quizá en todas las regiones de España, al pronunciar palabras como *verdad*, *virtud*, que sólo salen enteras de nuestros labios cuando a su *d* final sigue una vocal: *verdades*, *verdadero*, y la *verdá*, *verdaz* o *verdat*. Este elemento final *d*, característico de *yo* agente, parece de extraño origen; pues no es creíble que una lengua tenga al mismo tiempo tres vocablos, usuales los tres, para designar el pronombre de primera persona. Cabe que mientras algunas lenguas modernas no tienen sino un solo vocablo para denotar la idea de hermano (18), tenga el vascuence hasta cinco y un sinónimo, todos usuales: *anae* hermano de varón, *neba* hermano de hembra, *aŕeba* hermana de hombre, *aizpa* o *aizta* hermana de mujer, *senide* (19) con su sinónimo *auŕide* los hermanos entre

sí. Cabe esto, porque tales vocablos denotan ideas distintas, aunque afines. ¿Pero cómo es posible hayan dicho nuestros ascendientes *ni* por yo, *en* por yo (como también dicen los húngaros y decían en lengua Mande, según leemos en *Völker Psychologie*, de Wundt, I, 1.ª parte, página 333), y además *du* como los caucásicos del Norte? En vez de *nire ama* decimos también *ene ama* por «mi madre», traérmelo a mí *niri ekaŕi* o *eni ekaŕi*, para mí *niretzat* o *enetzat;* pero no es creíble que se hayan también valido de *dure ama*, *duri*, *duretzat* (20).

Omito otras muchas curiosidades de la conjugación, para fijarme sólo en aquello de trato social de que se habla en su definición.

V. Tiene el vascuence para todas sus ideas verbales de indicativo dos conjugaciones distintas: cortés la una, la otra familiar. Cuando hablamos con uno que no sea íntimo amigo o algún niño, decimos *nago* por estoy, *dago* por está, *noa* voy, *doa* va, *narabil* me mueve, *nakaŕe* me traen, *egingo luke* o *leuke* lo haría él; pero en lenguaje familiar introducimos en esas flexiones el pronombre *i* «tú» con quien hablamos, añadiendo al fin de la flexión una de las características de sexo: *k* por el masculino, *n* por el femenino. La introducción del pronombre *i* se hace de dos maneras: o por mera agregación o por verdadera incorporación al primer elemento de la flexión, al objetivo. Son de mera agregación las flexiones familiares *naiagok* y *naiagon* por *nago*, *diagok* y *diagon* por *dago*, *egingo laieukek* y *laieuken* por *leuke*. Estas otras son de incorporación: *ñagok* y *ñagon* por *nago*, *d̄agok* y *d̄agon* por *dago*, *egingo l̄eukek* y *l̄euke* por *leuke*. Esta incorporación de *i* en las consonantes del vocablo LANUDO produce su palatalización, fenómeno que en la escritura indicamos con una tilde puesta sobre ellas, como se hace en castellano con la *n*.

Las flexiones verbales que así se familiarizan son aquellas en que la persona con quien hablamos no interviene en ella de suyo, ni como objeto, ni como recipiente, ni como agente; es decir, que, por afecto, se le hace intervenir en acciones que no son suyas.

Varios rasgos característicos de nuestra conjugación existen asimismo en otras lenguas, a juzgar por lo que nos dicen autores de estudios comparativos entre ellas. Este de la conjugación familiar no lo he visto en ninguna otra. Los turcos, por ejemplo,

y los magyares, tienen de común con nosotros el carecer de elemento característico de agente de tercera persona: *severim* dicen aquéllos por yo amo, *seversin* tú amas y simplemente *sever* por él ama (21); los húngaros *varok* yo aguardo, *varsz* tú aguardas y *var* él aguarda (22), como decimos nosotros *dakit* lo sé, *dakik* lo sabes, hombre; *dakin* lo sabes, mujer; y escuetamente *daki* por él lo sabe. Esta distinción de *dakik* y *dakin*, agente masculino y femenino de segunda persona, parece que también tienen los árabes, según veo en el mismo autor (23). El japonés tiene, sí, una conjugación especial para hablar con los inferiores (24), pero es muy diferente de la nuestra familiar, pues no estriba en esto la distinción de las formas vulgar, escrita y estilo epistolar que ofrece aquella lengua; tan desemejantes que, en opinión de algunos, el idioma japonés es trilingüe.

VI. Es muy posible que haya causado cierta sorpresa el hecho de que el vascuence posea cinco vocablos diferentes para expresar la idea de fraternidad, y tal vez no dejará de extrañar la afirmación de que su morfología es muy rica. Como prueba aduciré unos ejemplos, presentando equivalencias de las preposiciones a, para, por y de.

A) Quitar a la madre *amari kendu*, ir a la madre *amaren*GANA *yoan*, venir a casa *etxe*RA *etoŕi*, se repartieron a cuatro y a diez *lau*NA *ta amar*NA *banatu zituen*, a coces y a pedradas *ostiko*KA *ta aŕi*KA, a pie y a caballo *oinez ta zaldiz*.

B) Para nosotros *gu*RETZAT, para beber *eda*TEKO, para que venga *etoŕi daitea*N, para mañana *biar*KO, para casa *etxe*RAKO.

C) Por mar y por tierra *itsasoz ta legoŕez*, por aquí *emen* ZEAR y también *emen* BAŔUNA, por ladrón y por malvado *lapur*TZAT *eta gaizkin*TZAT, cuatro reales por cada hombre *lau eŕeal gizon bakoitze*KO y tanto por ciento *eune*KO *onenbeste*. Además, las diversas causas, indicadas con esta preposición, tienen sendos sufijos. Causa eficiente: es hecho por mí mismo *nerone*K *egina da*. Causa final: han venido por comprar algo *zerbait eros*TEAŔEN *etoŕi dira*. Causa impulsiva: se fueron por eso *oŕe*GAITIK *yoan ziran*.

D) Sólo en la declinación tenemos varias desinencias correspondientes a la preposición *de*: el posesivo, *aitar*EN *bildur* temor del padre; el proverbal, *goi*KO *etxea* la casa de arriba; el instrumental, *eztiz beterik* lleno de miel; el ablativo, *goi*TIK *dator* viene de arriba. Es ya fósil el sufijo *rean* de ablativo: *gatz*EAN

*gatz*EAN, *baia ez Ibarguengo*REAN de la sal, de la sal, pero no de la de Ibargüen: sentencia proverbial que se ha conservado como recuerdo de una tragedia ocurrida entre banderizos junto a Bilbao. Fuera de la declinación tenemos estos otros sufijos: estoy de miedo *bilduŕ*AŔEN *nago*, es uno de barbas *bizar*DUN *bat da*, el año de 1800 *mila ta zortzireung*AŔEN *urtea*, de filo y de plano *ertze*TARA *ta zabale*TARA, de pie y de balde *zut*IK (o *zutu*MIK) *eta uŕi*RIK (muchos dicen *doarik* o *dubarik*, que viene del latino *donum)*, de hacer eso nos perderíamos *ori eginezkero* (o *eginez geroz) galduko ginake* y otras locuciones de menor importancia, como el proverbio *edur-urte*, *gari-urte* año de nieves, año de bienes (literalmente, año de trigo).

VII. Esta riqueza de sufijos trae consigo pobreza de elementos que preceden al tema. Tenemos, en efecto, muy pocos prefijos. La causa probable de ello es la índole de nuestra lengua, que en el orden de sus elementos señala el lugar preeminente al de más importancia, que por punto general es el tema (25). Esta penuria de prefijos hace más difícil la tarea de crear neologismos, sobre todo al querer calcar algunos de ellos en una de las lenguas indoeuropeas.

Nos falta asimismo el género gramatical, como también a las lenguas del Ural y otras; pero no la echamos de menos, como tampoco se nota su ausencia en castellano, tratándose por ejemplo de adjetivos no terminados en *o* y algunos en *n*. Tanto del hombre como de la mujer decimos *feliz*, *prudente*, *servicial*, *cortés*, *peor;* y si se exceptúa el maestro que tuvo Fray Gerundio (26), nadie, que yo sepa, ha visto la necesidad de calificar a una mujer de *feliza*, *prudenta*, *serviciala*, *cortesa*, *peora*.

Hemos perdido vocablos, no sólo los correspondientes a los bisontes y renos, cuyos restos se descubren estos años en nuestras cuevas, sino aun algunos que ya fueron corrientes hace tres y cuatro siglos, en que fueron escritos nuestros primeros libros. De voces técnicas, por lo menos populares, carecemos en absoluto, como también de expresiones correspondientes a objetos de creación reciente. Y ya que me he puesto a notar defectillos, o más bien deficiencias, añadiré que, si no en tal abundancia como el latín y sus hijas, tenemos también algunos afijos polisémicos o partículas de variada significación, como por ejemplo el sufijo *ik*, que es artículo en *gizonik ezta etoŕi* no ha venido

hombre alguno, modal en *itsurik il zan* murió (en estado) de ciego, partitivo en *luŕik gizenenak* las más gruesas de las tierras.

VIII. Tal vez aún más original que la cuestión del género gramatical sea la que concierne al número. Como en otras lenguas, tampoco en ésta se pluralizan los nombres propios; pero ni aun los comunes admiten pluralidad en vascuence. Bien mirado, es muy racional que así suceda, porque los nombres comunes denotan especies, que como tales son de suyo esencialmente singulares, aunque conteniendo cada cual un número ilimitado de individuos. Esta individualidad, así como su consiguiente pluralización, la indican los elementos determinativos. Los artículos y los pronombres demostrativos (no los personales) son por lo mismo lo único que se pluraliza en los nombres. Los nombres en sí mismos no se pluralizan : *gizon bat* un hombre, *lau gizon* cuatro hombres, *zein etxe* cuál casa, *zeintzuk etxe* cuáles casas. Mirad cómo los nombres *gizon* y *etxe* son indiferentes para significar hombre y hombres, casa y casas. *Etxea* es la casa, *etxeak* las casas. Lo pluralizado aquí no es *etxe*, sino su artículo, así como en el ejemplo precedente lo pluralizado fué el pronombre demostrativo de interrogación *zein*. Lo mismo, al decir *eŕi bat* un pueblo y *eŕi batzuk* unos pueblos, el vocablo *eŕi*, como específico, es de suyo indiferente para significar pueblo o pueblos. Tal sucede asimismo en húngaro. Como nosotros *gizon bat, lau gizon* y *gizonak* por un hombre, cuatro hombres y los hombres, tienen ellos *egy ember*, *négy ember* y *emberek*.

Hay lenguas, por ejemplo el turco, que tienen el mismo elemento pluralizador en el nombre y en la conjugación, que es el sufijo *lar* o *ler*. En vascuence el plural de los artículos y demostrativos es el sufijo *k : gizon au* este hombre, *gizon auek* estos hombres, *etxea* la casa, *etxeak* las casas. El elemento *tzu* de *batzuk* unos y *zeintzuk* cuáles denota grupo. Hay dos pluralizaciones en la conjugación : la del elemento agente y la del paciente. Tiene la primera por característica el sufijo *e* o *te*, la segunda el sufijo *z*. *Erosi du* y *due (dute)* lo ha, lo han comprado. *Doa* va y *doaz* van, *daki* lo sabe y *dakiz* los sabe. En sustitución de la característica *z* hay otros elementos en algunos dialectos vascos.

El número dual, propio de muchas lenguas antiguas, no existe en vascuence. Indicios de que en un tiempo existiera

ofrecen los nombres de varios miembros duplicados del cuerpo humano. Su inicial es precisamente la del numeral *bi* dos. *Belaun* rodilla, *belarri* oreja, *begi* ojo, *beso* brazo, *biri* pulmón. Siento no saber a punto fijo el nombre del vascólogo que hizo este lindo descubrimiento.

IX. Las obras de lingüística más recomendables para el estudio comparativo de las lenguas, citadas ya en este trabajo, al llegar a estudiar parte tan interesante de la gramática como es la Sintaxis, se limitan a tres o cuatro cuestiones: la construcción del genitivo, la del adjetivo y alguna otra.

Queriendo yo daros, aunque con la posible brevedad, idea algo más amplia de la colocación de nuestros vocablos, me apartaré aquí algún tanto de mi tema y compararé este rasgo característico del vascuence, más que con otras antiguas lenguas, con la lengua oficial española. Pie me dió para esto nuestro respetable colega Monseñor Eijo en su hermoso discurso de recepción, al afirmar con su acostumbrado acierto que «nuestra construcción es variadísima y muy independiente del rigor gramatical en la distribución de los elementos» (24).

Generalmente en las lenguas, examinadas tal cual ellas son, no tal como han sido desfiguradas por los poetas y algunos literatos, la construcción es inalterable entre vocablos que forman un miembro de la frase. Ahora, tratándose de un miembro respecto de otro miembro, su construcción, en algunas lenguas, singularmente en vascuence y no poco en castellano, es enteramente libre.

Cada miembro de la frase se constituye con el vocablo o vocablos correspondientes a los interrogativos y a sus respuestas: *qué*, *cuál*, *quién*, *cómo*, *cuándo*, etc... Lo que los moralistas llaman circunstancia de una acción toma en labios de un lingüista el nombre de miembro de una frase, siendo en mi concepto su designación técnica la más precisa la que le dió en obra recién publicada un ilustre lingüista suizo, Ferdinand Saussure (25), llamándole sintagma, que podría para mayor claridad definirse «el sujeto, el predicado o cualquiera de los complementos de una proposición».

A la circunstancia de sujeto personal *quién*, de la frase *quién ha venido a su casa*, corresponden sintagmas como 1.° *un hombre*, 2.° *un hombre fuerte*, 3.° *el profesor de este muchacho*, 4.° *el mendigo que se pone a la puerta del templo... ha*

venido a mi casa. El numeral un, uno, que, como todos los de su categoría gramatical, se antepone en castellano, en vascuence es el único que se pospone (en algunos dialectos también el dos), y decimos *gizon bat*. Parece que en época muy antigua tuvo el vascuence dos vocablos para expresar este numeral, lo mismo como tiene el inglés en sus *a* y *one*, éste más determinado que el primero. Nuestro *bat* corresponde al *a* inglés; a *one* equivale el *eka* (hoy sánscrito), conservado en *amaeka*, *ameka* o *amaika* «once, literalmente *diez* uno», como *amabi* doce o diez dos, *amairu* trece o diez tres... etc. 2.° *Un hombre fuerte* decimos nosotros *gizon sendo bat*, siendo inalterable esta posposición del adjetivo, al revés que en castellano; pues son igualmente usuales «una columna fuerte» y «una fuerte columna», «una luz brillante» y «una brillante luz». 3.° *El profesor de este muchacho* se traduce *mutil oŕen irakaslea*, en orden completamente inverso al castellano. Los demostrativos se posponen al nombre: este hombre decimos *gizon au*, esa hermosa piedra *aŕi eder ori;* aunque, sin duda por influencia del castellano, vienen introduciéndose, sobre todo en el dialecto más occidental, locuciones en que el demostrativo se antepone y se pospone a la vez. Por vía de ejemplo y, sobre todo, para amenizar algún tanto ésta de suyo pesada exposición, he de citar una frase que siendo niño de unos diez años repetí con otros tres mozalbetes en un episodio de magia; así, tal como suena, de magia. Por supuesto, que no teníamos idea alguna ni siquiera de la existencia de estos fenómenos, aunque estábamos ya hartos de oír hablar de brujerías. El lugar de la escena fué, al anochecer de un día de fiesta, la playa de la villa en que tuve mi cuna. Un compañero nos dijo que si un muchacho se tendía en el suelo y cuatro a su derredor repetían alternativamente tres fórmulas especiales, teniendo cada uno el dedo índice bajo el cuerpo del tendido, éste, sin más esfuerzo nuestro, empezaría a remontarse en su misma horizontal postura. Las fórmulas, traducidas del vasco, fueron tres, que cito a continuación: *este hombre está muerto —está como la piedra—, váyase chimenea arriba;* y las decíamos así, con un romanismo descarado en la tercera: *au gizon au ilda dago —aŕia legez dago— doiala tximiniñan gora*. Y el supuesto muerto se remontó, en efecto, a una altura como de un metro, sin otro apoyo que el de cuatro dedos índices. La locución «este hombre» se dice y es lo correcto *gizon*

au, pero hace ya más de medio siglo la decíamos en Lequeitio *au gizon au*. Tenemos en esta lengua dos genitivos: el posesivo y el que en nuestro Tratado de Morfología llamamos proverbal. Uno y otro se anteponen al nominativo: el posesivo, que es *en* por lo general, en los pronombres personales decimos *re: zure semea* el hijo de vos, *mutil oŕen irakaslea* el profesor de ese muchacho; el proverbal es la desinencia *ko: etxe onetako ugazaba yauna* el señor amo de esta casa.

El autor del hermoso libro *Las familias de lenguas*... (30) dice que en vascuence el genitivo se antepone, pero también se pospone cuando está dotado de sufijo de caso. Es muy posible que esta afirmación se apoye en la lectura de una obra curiosa: El Padre nuestro expuesto en ciento cincuenta y cinco lenguas (31). Al verter a la nuestra las palabras *Pater noster* en vez de *gure Aita*, que es lo verdaderamente correcto, todos nuestros traductores de los catecismos de Astete y Ripalda escribieron *Aita gurea*. Hay quien por contagio dice *Ama gurea* madre nuestra, *Irene gurea* Irene la nuestra, en vez de *gure ama*, *gure Irene*. Nadie, que yo sepa, pronuncia ni escribe *etxe gurean* por *gure etxean* en nuestra casa, *ondo niretik* por *nire ondotik* desde mi lado.

Lo propio sucede, entre otras lenguas, en la alemana. Mi padre, nuestro padre; mi madre, nuestra madre, dicen: *mein Vater*, *unser Vater*, *meine Mutter*, *unsere Mutter;* pero en la oración dominical nadie dice *unser Vater*, sino *Vater unser der du bist im Himmel*... En castellano, siglos atrás, los posesivos precedían; hoy se usan casi indistintamente antes o después de lo por ellos poseído; y digo que casi, porque ¡oh curiosidades de la Semántica! «casa mía» equivale hoy a una de tantas casas, y «mi casa» es la única que poseo; «hijo nuestro» es uno entre varios, al paso que al decir «nuestro hijo» se designa al único de la familia.

La actual casi indiferencia sintáctica de los posesivos del castellano, ¿no habrá tal vez nacido del verso? Me atrevo a indicar esta hipótesis, porque habiendo leído grandes trozos del poema del Cid, entre cien locuciones de posesivos antepuestos como «si he hecho mi justicia y mi deber —en buen siglo su alma esté— probaré en vos mi fiereza y en vuesa falsa intención», ejemplo de posesivo pospuesto sólo he visto éste:

Pues si amanece sola a la mañana
no hay sueño por la tarde que la vede
de anochecer al lado de su cuyo,
seguro de la ausencia y DAÑO SUYO.

Traduzcamos ahora el cuarto sujeto personal, el más complejo, correspondiente a *quién ha venido a su casa:* el mendigo
1 2
que se pone a la puerta del templo. El orden de los nueve ele-
3 4 4 5 6 7 8 9
mentos de que consta es absolutamente inverso en la traducción: empieza en el último, en el templo, y termina en el primero, el mendigo. *Elizako atean yarten dan eskalea;* literalmente:
9 8 7 6 5 4 3 2 1
templo del puerta la en pone se que mendigo el.

Tal vez alguien, al oír esta frase, diga para sí: ¿Y a esto llaman orden, cuando parece el desorden por excelencia? (Como podrían decir los vascos a la vista de una locución románica construída al revés de la suya). Y, sin embargo, puedo asegurar que a cualquier vasco, aun a quien no haya estudiado su lengua, pero que a diario la hable, tan natural y espontánea y fácilmente como «el mendigo que se pone a la puerta del templo» le fluyen esas otras palabras, al parecer enrevesadas.

El origen de esta disparidad sintáctica estriba principalmente, a mi juicio, en aquello que se dijo al principio de este trabajo, hablando de los interrogativos y sus anafóricos. Cuando los primeros, sin otro cambio que el de su entonación, pasan de su categoría a la de los segundos, quedan ocupando el mismo lugar que cuando ofician de interrogativos, el primero: *quién* dice esto y *quien* esto diga, *cuándo* vendrás y *cuando* vengas... etc. En esta nuestra vieja lengua los interrogativos se colocan, como en castellano, a la cabeza; pero los elementos correspondientes a «quien esto diga, cuando vengas» y a todos los de su categoría, ocupan el último puesto (32). Para un solo interrogativo *qué*, en vascuence *zer*, tenemos hasta tres sufijos y una conjunción aislada, con bien definida y distinta acepción, correspondientes al anafórico *que*. El primer elemento es el conjuntivo verbal *n*, equivalente al pronombre relativo: lo que dice *dinoaNA*, desde el año que viene *datoŕeN urtetik*. El segundo es el conjuntivo verbal *la*, que vale por una conjunción copulativa: que venga *datoŕeLA*. El tercero (un rompecabezas para los más

agudos vascólogos) es el sufijo *etz* que sólo se agrega a los adverbios afirmativo y negativo : que sí y que no *baietz ta ezetz*. El cuarto, muy diferente de los anteriores, es la conjunción *baiño* correspondiente a la conjunción comparativa: más grande que ese hombre *gizon ori baiño andiago*, más manzanas que en Asturias *Asturiasen baiño sagar geiago*.

Para esto de juzgar una construcción bien o mal ordenada, influye mucho indudablemente el subjetivismo. A Zorrilla le sonarían bien construcciones de algunas poesías que escribió en plena juventud y que a otros oídos que los suyos desagradaban hasta el punto de ser por ellas zaherido el autor (33). Leemos en su poema *Horizontes :*

Necio de mí, gusano de la tierra,
que quiero lo que encierra
saber el mundo en su invisible centro.

En *El Eco del Torrente* escribió :

Aguarda a ese precipicio
que busque por donde baje.

Hay una frase, tomada de su *Caín el Pirata*, que está construída aún más a la vasca que las precedentes :

....Le dejo ir
con mi coraje *aunque lucho* (34).

Esta tan opuesta construcción de una y otra lengua ha sido causa de que al lado de hermosas locuciones propias vivan otras que no lo son, especialmente en cerebros en que conviven ambos idiomas y en traducciones de escritores que no conocen bien la vieja lengua pirenaica. Nada menos que quince conjunciones y locuciones conjuntivas de calco alienígena registra nuestro Tratado de Morfología. Hay entre ellas una que nos vino del castellano en la época del Renacimiento, locución que, aunque tal vez viva en algún rincón leonés, no se usa ya, que yo sepa, entre los escritores del día. Varios ejemplos de ella nos dejó Cervantes. Citaré sólo uno, tomado del diálogo que tuvo la Duquesa con el Quijote, apenas se hubo partido Sancho a gobernar su ínsula. Al decirle el caballero «en resolución, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude —No más,

no más, Señor Don Quijote, replicó la Duquesa : por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, *no que* una doncella». *Neskato bat ez eze* decimos nosotros aun hoy, traduciendo literalmente el *no que* por *ez eze*. En otra locución cervantina, que en ningún libro moderno he leído, sucede, a mi parecer, lo contrario que en la anterior; es decir, que el préstamo partió de nosotros. En vascuence, a los pronombres personales sustituyen los demostrativos : a yo, éste; a tú y vos, ese; a nosotros, éstos; a vosotros, esos — en tres casos : 1.° en sus vocativos : «vayamos todos nosotros» equivale a «vayamos todos éstos» *goazen guztiok;* 2.° cuando concuerdan con un epíteto : «creía yo, necio de mí» vale por «creía este necio» *uste nuen nar onek;* 3.° tras el relativo *que :* «todo lo que yo soy» se traduce por «todo lo que éste soy» *nazan guzti au* (36). En el *Quijote* se lee : «divididos estaban caballeros y escuderos, éstos contándose sus vidas y aquéllos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos y luego prosigue el de los amos : y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo a Sancho : Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mío, *estos que somos* escuderos de caballeros andantes» (37).

¿De qué otra lengua habrá podido tomar este giro el castellano de aquella época? ¿Del latín? Pero en ésta por «yo que hablo» no se dice HIC *qui loquor*, sino EGO *qui loquor* (38), como en vez de «nosotros que vivimos» tampoco leemos HI *qui vivimus*, sino NOS *qui vivimus* (39).

Si se quisieran locuciones latinas de tiempos más cercanos a la formación y desarrollo de nuestro romance, el doctor Angélico nos da, entre otras cien, ésta que figura en su célebre y hermoso poema LAUDA SION : Tu *qui cuncta scis et vales*. Un célebre autor español, contemporáneo de Cervantes, cuyo elogio como humanista nos ha hecho muy cumplidamente Menéndez Pelayo (40), Luis Vives, trae en su *Colloquiorum libellum* buen número de frases en que figuran pronombres personales, acompañados del relativo, sin ser jamás sustituídos por sus correspondientes demostrativos, como en la frase cervantina del escudero del bosque. Tales son por ejemplo : *Ex me* TU *id quæris, qui nec audivi hominem nec vidi?* (pág. 112, 1-22); *ingredere* TU *prior qui habes minus cordis* (128-15); ME *nihil refert qui aquam bibo* (68-7).

Si pues la locución «estos que somos» por «nosotros que somos escuderos de caballeros andantes» no la adquirió del latín ¿será una infiltración del árabe?

He consultado la cuestión con un docto arabista, y me dice que tales locuciones son desconocidas en esta lengua.

Como por otra parte vemos que esta sustitución de unos pronombres por otros, en los tres casos susodichos, es algo esencial a nuestro viejo idioma, de él me parece haber pasado a la lengua oficial. Hace dos años tuve ocasión de publicar un corto estudio en que se exponen: 1.° Vocablos vascos del viejo romance. 2.° Viejos vocablos románicos del vascuence actual. 3.° Vocablos de origen dudoso (41). No he de repetir aquí nada de lo que entonces escribí.

X. Por haberme extendido más de lo previsto en exponeros la construcción necesaria, la que rige entre vocablos que constituyen un sintagma o miembro de la frase, forzoso me será ceñirme mucho en la exposición de la construcción libre, la que encadena un miembro con otro miembro. Es, como dije ya, la parte sintáctica en que más se parecen el castellano y el vascuence. En este viejo idioma, siempre que a uno le pregunten algo mediante cualquiera de los interrogativos, empezamos la respuesta indefectiblemente por el complemento correspondiente a este elemento de interrogación. Si nos dicen ¿cuándo ha venido usted?, contestamos siempre, por ejemplo, hoy he venido *gaur etoŕi naiz;* jamás: he venido hoy *etoŕi naiz gaur*. A las preguntas ¿cómo ha venido usted? ¿a qué va usted allá? nunca respondemos «he venido muy a gusto», sino «muy a gusto he venido» *oso erara etoŕi naiz*, ni «voy allá a comer», sino «a comer voy allá» *bazkaltzera noa ara*.

El verbo no empieza ninguna frase vasca bien construída, como no sea en el imperativo. Débese esto sin duda a que no hay ningún interrogativo que corresponda al verbo. Y aun en locuciones como «me voy», en que no hay complemento alguno que pueda anteponérsele, nos valemos del modal afirmativo para darle una fuerza que de suyo no tiene, diciendo ya voy *banoa*, como en vez de «lo sabe, no tengo duda» decimos «ya lo sabe» *badaki, eztaukat ezbairik*. Da pena, por lo mismo, leer muchas traducciones que se han hecho a nuestra lengua. El príncipe Luis Luciano Bonaparte, insigne vascólogo y benemérito vascófilo, a quien nunca agradeceremos suficientemente lo que se ha

esforzado y sacrificado por nuestro idioma, hizo traducir del latín, del español o del francés multitud de obras al vascuence: la Biblia entera a dos dialectos, y diversos libros de ella a unas cuantas variedades subdialectales... etc. (42).

XI. Hace unos años, el primero de nuestros romanistas dió en Bilbao una conferencia «acerca del elemento vasco en la lengua española». En ella, entre otras afirmaciones de interés, se lee, que para esta nuestra vieja lengua, «más propio que el nombre de vasco sería el de lengua neo-ibérica». Partidarios del iberismo son, con el señor Menéndez Pidal, lo más granado de los vascólogos: Humboldt, Schuchardt, Trombetti y otros. Con todo, Schuchardt, al estudiar la inscripción ibérica de Alcoy, dice: «habrá que reconocer que para estudiar la historia primitiva de Hispania, hoy la lingüística se halla en una posición mucho menos ventajosa que la Antropología o la Arqueología» (43); y un docto profesor de la Universidad de Barcelona, el señor Bosch Gimpera, en conferencias que dió en Bilbao acerca de «El problema etnológico vasco y la Arqueología», página 66, asienta: 1.° Que los vascos descienden del antiguo pueblo pirenaico, el eneolítico. 2.° Que siendo así, los vascos no pueden ser iberos.

Por mi parte confieso con toda sinceridad que me agradaría más ser descendiente de vascos preiberos, como también que mis antepasados hubiesen sido habitantes de la Atlántida; y así como al no convencerme de esto último, leyendo el folleto de que os hablé en un principio, dejé a un lado mis aficiones, así ahora, a pesar de ellas, me sumaría a los iberistas cuando, refutado lo que parece demostrarnos la Arqueología, me hicieran ver claramente nuestro origen. Mientras tanto, repetiré lo que dije en mis primeras líneas: no sé quién fuimos. Concretándome exclusivamente a nuestra lengua, creo puede decirse hoy del pueblo que la habla lo que, según veo en *Langues du monde*, página 305, dijo Dionisio de Halicarnaso refiriéndose al etrusco: pueblo cuya lengua no la tiene ningún otro.

XII. ¿Qué de extraño tiene que doctos lingüistas al examinar sus bellezas y venerable antigüedad hayan tributado elogios en loor de ella? Recogeré algunos, pero en campo no nuestro; porque si es verdad que siempre parece más sabroso el fruto del cercado ajeno, ¡cuánto más tratándose de alabanzas y encomios! Demos, por cortesía, la preferencia a un extranjero. El

REAL ACADEMIA

autor de *Le Origini de la lingua basca*, página 3, dice: «si en muchos casos este singular idioma recibe luces de otros, en muchísimos sirve para esclarecer lo que de otra manera permanece oscuro. La importancia científica del vasco aparece a esta hora inmensa, no inferior ciertamente a la del antiguo Elámico, que trataba yo de poner en evidencia hace diez años. El vasco nos dará la llave para resolver muchos problemas referentes a la historia de los pueblos mediterráneos, a sus emigraciones y estratificaciones sucesivas».

El P. Fita, en su discurso de recepción en la Academia de la Historia, dijo (44): «Sin la Filología, sin la Numismática, sin la Epigrafía sabiamente cultivadas... ni (en fin) el vascuence o la eúscara, monumento palpitante, indestructible, de la raza más bella del occidente, se levantará de su postración actual para iluminar el gran período de las edades hispanas, vecinas a la prehistórica».

Nuestro digno Director, señor Menéndez Pidal, en otra de sus conferencias (45), regaló nuestros oídos con estas palabras:

«No hay documento más venerable que este documento vivo, esta lengua conservada sobre este territorio, desde época incalculable, quién sabe si anterior al clima y al período geológico actuales. Ella, en sus multiseculares sedimentos, nos ofrece restos preciosos para ilustrar los más oscuros problemas de nuestra historia. Tenéis la fortuna (dijo al auditorio) de que vuestro pueblo sea depositario de la reliquia más venerable de la antigüedad hispana. Otras tendrán más valor artístico, serán más admiradas y codiciadas universalmente, pero no hay otra que tenga la importancia de esta lengua, sin cuyo estudio profundo jamás podrán ser revelados del todo los fundamentos y los primitivos derroteros de la civilización peninsular, ni podrá ésta ser esencialmente comprendida».

Al citar estos elogios que del vascuence han escrito lingüistas que no han nacido entre los que lo hablamos, no pretendo hacer de sus palabras una siembra para que otras semejantes surjan de entre vosotros. Algo, sí, espero de vuestra bondad, y es que al acoger aquí a esta lengua, por lo cual quiero de nuevo manifestaros mi más cordial gratitud, hagáis por vigorizarla algo que no se ha hecho hasta ahora.

Pocos años antes de aquel episodio de la playa que antes os referí, ocurrió una escena tragicómica en la escuela elemental

de una linda anteiglesia de la costa vizcaína. Examinábanse de Doctrina cristiana sus alumnos. A uno de ellos le preguntaron *Cuál es el primer mandamiento de la ley de Dios*, y al responder *Amar a Dios sobre todas las cosas*, el párroco, que presidía el acto, dudando de que el alumno entendiese lo que decía, preguntóle: *Niño, ¿qué quiere decir eso? (Txotxo, zer esan gura dok orek?)*, el muchacho respondió: *Jaungoikoa soka guztiakaz amarateko:* que a Dios se le amarre con todas las sogas. Podría citar, si fuera preciso, los nombres del pueblo, maestro y párroco.

¿No os parece justo, respetables y muy apreciados colegas, que los alumnos de nuestras escuelas sean racionalmente instruídos? Introdúzcase —y no pedimos que se haga en la proporción del celta en las escuelas públicas del País de Gales—, introdúzcase algún tanto el vascuence en las nuestras para que los niños sepan lo que es amar a Dios y consigan al terminar sus estudios elementales hablar mejor no sólo su lengua materna, sino aun el castellano. Dios quiera que los señores que han tomado la iniciativa de este segundo Renacimiento de España a que acudimos, acojan cariñosa y fraternalmente esta mi súplica, para que no quede sumido en la ignorancia ni uno siquiera de los que forman aquel pueblo, heredero de una de las lenguas más antiguas y originales del mundo.

Con tal medida se ganaría para siempre el corazón de todo buen vasco.

NOTAS

(1) Heidelberg, 1926.

(2) Madrid, 1800-1805.

(3) El Diccionario trilingüe de Larramendi dice: *color* viene del bascuence *colorea*, que es síncopa de *goico* y *gañecolorea* flor de la superficie. Latino *color-is*. Con esto se convencerá el lector de que también al Norte sabemos escribir fantasías y no sólo musicales.

(4) *Catálogo de las lenguas...* vol. IV, p. 319.

(5) Zarauz y Marzo 17 de 1801.

Estimado amigo y Sr.:

Ayer mañana reciví su carta de Vm. de fecha del 13 con todo el aprecio que se merecen las afectuosas expresiones de amistad que me expresa Vm. en ella.

Dixe a Vm. aquí y buelvo ahora a decirlo que tendré singular complacencia de que venga Vm. a esta su casa siempre que gustare como a la de un amigo que como buen vizcaino (digo vizcaino porque asi nos llaman fuera del Pais a los Bascongados) ni sabe, ni gasta de ceremonias; pero que recivirá a Vm. con el mayor gusto. Si, amigo mio: Venga Vm. cuando gustare y de espacio para que pueda Vm. informarse de el fondo asi del Ramo de Agricultura como de otros que merecen examinarse aquí.

El autor del manuscrito sobre las etimologias vascongadas es Dn. Juan Antonio de Moguel, sacerdote instruido y Cura párroco de Marquina en el Señorio de Vizcaya: hombre que ha hecho un estudio muy particular de nuestra antigua y hermosa lengua y que está actualmente escriviendo una obrita en varios tomos de los cuales acaba de imprimirse el primero que ha sido muy bien recivido por los amantes del vascuence, asi por la pureza del lenguage con que lo ha escrito, como por su bella elocución vascongada; y segun me escrive el autor seguirá escriviendo más tomos. El que ha salido es de pláticas doctrinales y esta imprimiéndose en Tolosa el que sigue a esta, sin duda sobre el mismo asunto; y los que piensa escrivir despues son tambien pláticas sobre los Evangelios de las Dominicas del año para uso de los párrocos vascongados.

El ex-jesuita Hervas Panduro, que sabia el estudio que Moguel habia hecho de su lengua nativa, le escrivió remitiéndole la Nomenclatura de pueblos, aldeas, rios, etc., de Cataluña que acaba de formarse en Barcelona,

pidiéndole formase etimologias de todos los nombres bascongados que hallase en ella; y diciéndole al mismo tiempo cuán util sería para la literatura española una Nomenclatura geográfica bascongada, formando las etimologias de los nombres de origen bascongado, etc., y este ha sido el motivo que ha tenido para escrivir este manuscrito que no es más que un ensayo, y que creo se lo ha dirigido al citado Hervas, y a mi envió este borrón, que será el original, para que lo leyese.

Creo que Moguel no tendría incombeniente en que haga Vm. una copia y antes bien creo tendrá mucho gusto en ello; pero como me encargó que a luego que acabase de leerlo lo dirigiese a un amigo suyo, le escriviré por el primer correo los deseos de Vm. y no dudo que me dará su permiso para que se lo dirija, como lo haré a luego que reciba su respuesta.

Es regular que con esta carta reciva Vm. la obrita de Echeveste, con lo que queda Vm. servido en esta parte.

Siento la graciosa tragedia de Apodaena, que pudo haverle costado la pelleja.

Reciba Vm. mis finas expresiones de su semi-paisano y mande Vm. a su afecto servidor y amigo

Fausto de Corral.

P. D. Se nos fué el uno de los reverendos, pero el otro que está aqui estima la memoria que hace Vm. de ellos y saluda a Vm. con todo afecto.

No va con la portadora el libro de Echeveste porque no lo tenia en su casa el Beneficiario Portu; pero irá con la primera ocasión, pues lo recogerá mañana.»

El Manuscrito de Moguel, de que se habla en esta carta, titúlase: *Disertaciones ilustrando la Historia y Geografía de España*. Se encuentra en la sección Coll. ling. fol. 172, de la Biblioteca imperial de Berlín.

(6) Pueden verse en la *Morfología Vasca*, obra que salió del seno de nuestra Academia regional, pág. 365 y siguientes Año 1925.

(7) Véase la *Grammatica Latino-Malabárica*, traducida del inglés al latín por el carmelita vasco Fr. Juan Vicente, publicada en *Industrial School*, de Ernakulam. Qué como interrogativo es *ende*, como relativo el sufijo *a*. *Ñan kanuna kuti* el niño que veo yo; liter., yo veo que niño.

(8) *Essai de Sémantique* (Science des significations), pág. 250. París, 1899.

(9) *Jesusen biotz maitearen debozioa*, 2.ª edic. Tolosa, 1882, pág. XVII.

(10) París, 1924, págs. 327 y 328.

(11) Trombetti, *Elementi di Glottologia*. Bologna, 1925, pág. 264.

(12) No sé de dónde habrá deducido Trombetti estas sus dos afirmaciones: que *nik* (agente de *ni* yo) es intensivo de *ni*, y que por *nik* empezó a ingerirse en la lengua este su caso ergativo. El intensivo de *ni* es *nerau*, que a su vez tiene su activo en *neronek*. (V. *Morfología Vasca*, pág. 438).

(13). Schuchardt: *La Declinación ibérica. Revista Internacional de Estudios Vascos*. Año 2.°, pág. 2.

(14) *Morfología Vasca*, pág. 283.

(15) *Baskische Studien*... al principio.

(16) Trombetti: *Elementi di Glottologia*, págs. 137 y 110.

(17) Trombetti: *Elementi di Glottologia*, pág. 137.

(18) *Hermano* y *hermana* son un solo vocablo con distinta terminación genérica.

(19) Hoy algunos lo confunden con *aide* pariente.

(20) En Malayalam, lengua de Malabar, se valen de *en* en la declinación: *ende* de mí, *ene* a mí (acusativo), *enal* por mí... etc., siendo su nominativo *ñan* y el vocativo *ña* o *ñane*.

(21) Fink: *Haupttypen des Sprachbaues*, pág. 78.

(22) Schenk's *Sprachführer, Ungarisch ohne Lehrer*, pág. 17.

(23) Fink: *Haupttypen des Sprachbaues*, pág. 101.

(24) *Elements de la grammaire japonaise (langue vulgaire)*, de Léon de Rosny, pág. 116.

(25) *Morfología Vasca*, pág. 42.

(26) ¿Por qué no se dirá: Era una mujer comuna, era una mujer giganta? pone el P. Isla en boca de este maestro. *(Historia del famoso predicador...* lib. I, cap. VI).

(27) Véase *Morfología Vasca*, pág. 689, adv. 6.ª

(28) Discurso del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Eijo Garay, Obispo de Madrid-Alcalá, pág. 39.

(29) *Cours de Linguistique générale.*

(30) *Die Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde*, pág. 393. Im baskischen wird der Genitiv vorangestellt, wenn er mit kasussuffixen versehen ist, auch nach.

(31) *Oratio Dominica* in CLV Linguas versa et exoticis characteribus plerumque expressa. Parma. Typis Bodonianis. MDCCCVI.

(32) En la lengua malabárica, varias veces citada en este trabajo, los interrogativos *ar* quién, *ende* qué y *epol* cuándo se anteponen; en cambio se posponen *a* quien o que (relativo), y *epol* o *pol* cuando (conjuntivo).

(33) *Galería de la literatura española*, por D. A. Ferrer del Río. Madrid, 1846, pág. 287.

(34) Construcciones parecidas, de puro sabor vasco, se ven profusamente en las obras de Santa Teresa. Sirvan de ejemplo: la voluntad buena me parece a mí que está *(Vida de Santa Teresa*, cap. XXX), bien me parece a mí que le amo (Ibídem).

(35) *Morfología Vasca*, pág. 490 y siguientes.

(36) Ibíd., pág. 276.

(37) *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, lib. II, cap. XIII. El primer trozo es del lib. II, cap. XLIV.

(38) *Joan*, IV-26.

(39) I. Thes, IV-14.

(40) *Historia de los Heterodoxos españoles.*

(41) Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal, tom. II, págs. 87-92.

(42) El año de 1878 salió a luz en Londres la Parábola del sembrador, traducida a los ocho dialectos del vascuence y a cuatro de sus subdialectos. 28 Castle Street, Leicester Square, London «Impensis L. L. Bonaparte». Seis de los traductores empiezan su texto por el verbo correspondiente al latino que les sirvió de original: *exiit seminator seminare semen suum: irten zon... atra ze... yalgi zuun... elki zinuen... elki zen... erkin zen.*

Al príncipe le dió un tiempo por multiplicar el número de nuestros dialectos, al par que tratándose de los dialectos celtas restringía su número, como puede verse en un trabajo que presentó en la Philological Society: *Initial mutations in the living Celtic, Basque, Sardinian and Italian dialects* by H. I. H, Prince Louis-Lucien Bonaparte, págs. 27-28. En algún otro trabajo suyo redujo a tres el número de nuestros dialectos.

(43) *Die Iberische Inschrift von Alcoy*, publicada en *Sitzungsberichte der preussischen Akademie der Wissenschaften, phil. hist. Klasse*, 1922, página 83 y siguientes.

(44) *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia*. Madrid. F. Maroto e hijos, 1879, págs. 43-44.

(45) *Introducción al Estudio de la Lingüística vasca*. Conferencia dada en Bilbao en Diciembre de 1920 y publicada en *Cursos de Metodología y alta cultura*, edición de la Sociedad de Estudios Vascos, pág. 33.

LAUS DEO

CONTESTACIÓN
DE
D. VICENTE GARCÍA DE DIEGO

Señores Académicos :

Es indudable que, puesta la Academia en el caso de pensar en una representación digna de la cultura lingüística vasca, el nombre del señor Azkue, presidente de la Academia de la Lengua Vasca desde su fundación, se imponía por la fuerza de su propio prestigio. Ejemplares nombres se han destacado, y aun se da alguno de investigadores que con ahinco o fortuna han contribuído al esclarecimiento de algunos aspectos de la lengua vasca; pero nadie seguramente que al nuevo académico haya podido aventajar en constancia y laboriosidad para acometer en conjunto la reconstitución del ingente patrimonio y el recuento y análisis concienzudo de este idioma. El galardón que la Academia le otorga es en este caso el reconocimiento de una dedicación de por vida a la rebusca incansable y al estudio ahincado de las materias heterogéneas que son expresión de la cultura popular de su país : el habla, las costumbres, los cantos, etc. En todas estas manifestaciones la actividad incansable del señor Azkue ofrece aportaciones valiosas, ya en forma de materiales, ya en ordenaciones, de un valor permanente para la ciencia. Su diligencia no es la fría tenacidad del lexicógrafo que va sólo a captar el tesoro del idioma, sino la abierta sensibilidad del folklorista que goza en recoger las manifestaciones y sumergirse en el alma ingenua del pueblo. Inspirado en él el señor Azkue, ha cultivado la literatura vasca, leyendas, obras teatrales, etc., y ha recogido, compuesto o armonizado canciones religiosas y populares. Entre sus trabajos lingüísticos merecen especialmente citarse la *Gramática de la Lengua Vasca*, el *Método práctico para aprender el vascuence*, el *Prontuario de la Lengua Vasca* y los numerosos estudios publicados en la revista vasca *Euskalzale*, de la que él fué director y alma.

Sobre ellas, por sus ingentes proporciones y por la magnitud del esfuerzo destacan dos obras, que serán capitales en la historia de los estudios vascos: el *Diccionario Vasco-Español-Francés* y la *Morfología Vasca*. Para la primera, ya era labor penosa la recopilación y depuración de los diccionarios publicados y la busca de los materiales inéditos, que, desconocidos o guardados avaramente, yacían en bibliotecas privadas o remotas. En su diligente peregrinación por España y el extranjero el señor Azkue dió con el paradero de diversos manuscritos en las bibliotecas públicas de París y Londres, y en conventos y casas particulares de su región, que le permitieron enriquecer el tesoro de los viejos diccionarios. No contento con esto, buscó directamente en la fuente viva del idioma los caudales nunca recogidos. Con conmovedora diligencia acopiaba en su Academia de Bilbao voces y datos para sus trabajos. La Academia era un local en que los domingos reunía a unos cuantos menestrales y labriegos que le daban puntuales explicaciones de algunas palabras. Otras veces era el refugio de las Hermanitas de los pobres, o humildes asilos, en donde recogía de sus viejos moradores curiosas noticias, veladas en lágrimas o aromadas por la nostalgia de la aldea. De este modo el señor Azkue consiguió ampliar con multitud de variantes y formas nuevas el cuadro complicado de los dialectos vascos, fijando y corrigiendo en parte la distribución del mapa lingüístico. Su mismo concepto inseguro de los grupos revela su fina intuición y su idea moderna del dialecto, que no suele ser un lugar a modo de casillero cerrado de fenómenos, sino un conjunto de fenómenos no coincidentes en el lugar.

El dominio de este vasto caudal que sus esfuerzos le han proporcionado le ha permitido intentar en su voluminosa *Morfología Vasca* el estudio de la organización gramatical de esta complicada lengua, sobre los pasos de sus predecesores, y en especial de la extensa Gramática de Campión, pero con puntos de vista de absoluta originalidad.

No hay que decir que en estos estudios más que la disección gramatical con fines prácticos palpita el ansia de la caracterización. Lo que a todos acucia es el deseo de rasgar el enigma de esa lengua misteriosa por la comparación con los caracteres de otros idiomas. Cuando no el propósito directo, el prurito inconsciente es determinar lo específico del vascuence en esos caracteres, al parecer tan exóticos, que a nuestros oídos suenan como

el eco de un habla de los Andes, de los Urales o de los primitivos pueblos de la historia humana. Por desgracia, si es relativamente fácil el anatomizar en las lenguas, por complejas que sean, no es tan fácil el caracterizarlas en relación con sus orígenes. La nueva filología, con su implacable crítica, nos muestra lo deleznable de las conjeturas para establecer parentescos cuando estas hipótesis se refieren a lenguas geográficamente desorbitadas y sin probable relación histórica. La semejanza de tal cual fenómeno con una lengua remota, como del vasco con el egipcio, con el guaraní o con los altaicas, no prueba sino lo probado : que la comunidad de elementos de lenguas sin contacto se puede producir por la difusión de la cultura o espontáneamente a causa de la identidad del espíritu humano, que se traduce en manifestaciones siempre fundamentalmente idénticas. Que el vascuence *burdin*, hierro, evoque el hebreo *barzel* y el asirio *parcilla*, prueba sólo que el descubrimiento del metal tras el uso de la piedra corrió como buena nueva por el mundo; pero no prueba una afinidad lingüística del vasco y del asirio. La noticia y la palabra circuló por el área céltica y por los pueblos itálicos, aunque unos, como el inglés *brass*, lo apliquen al bronce, y el latín *ferrum* al hierro. Lo mismo las coincidencias de voces afectivas y de las forjadas sobre motivos acústicos de las cosas, tan semejantes en todas las lenguas, y aun la conformidad de fenómenos de estructura y de uso, no prueban a veces sino la identidad del agente, traducida en esa normatividad que produce parecidos hechos lingüísticos en la India y en los Pirineos. El *nihil novum* en ninguna materia es más aplicable que en las lenguas. Las rarezas contadas por los exploradores de lenguas exóticas luego resultan cosas familiares en las lenguas conocidas. Así, con este criterio, no iconoclasta, sino meramente crítico, hay que cribar de nuevo las observaciones sobre la especificación de muchos idiomas.

Los más salientes caracteres de una lengua, que parecen un argumento decisivo de su especificación, frecuentemente son sólo generalización casual de un carácter, que en una lengua hermana aparece atrofiado o destruído. Aludo, como es fácil comprender, al sintetismo del lenguaje del vascuence en nuestro caso, que ha hecho pensar a los lingüistas en las americanas o en las urálicas, y que hoy la filología mira como un carácter secundario y de fortuna, como en el caso posible de un germá-

nico que en unas centurias pueda llegar a un sintetismo superior al del vasco, sin dejar por eso de ser hermano del latín, que apenas conocía la composición. Todo eso sin contar con los fantasmas del espejismo gramatical en aquellas lenguas que sin gran cultivo científico son recogidas de oído por masas elocutivas, en vez de ser tomadas por palabras gramaticales, lo que ha hecho que los misioneros nos hablen de miles de formas de conjugación, en algunas lenguas de América, por soldar con el verbo todas las partículas átonas, algo así como si en español alguien descubriese expresiones polisintéticas, porque en un grupo de conjunciones, preposiciones, artículos, relativos y verbo no pronunciamos más que una sola masa fónica con un solo acento. Es nuestra cultura gramatical y no el oído quien reflejamente nos hace ver que en expresiones como *paraquesipuedes* y *aunquenosmarchemos* hay varios vocablos y no uno solo. Y ha sido a la inversa en las lenguas americanas; la falta de tradición gramatical y el criterio ingenuo de los colectores son los que han hecho posible considerar como modos verbales polisintéticos a verdaderos grupos de palabras. Con este criterio podíamos también hallar, a estilo vasco, modos verbales en castellano, como un condicional *siestoy*, comparable al del vasco *banago*, o una conjugación paciente, *mevoy*, análoga a la vasca *noa*. Claro es que no toda la composición del vascuence se reduce a esto. La soldadura a modo de nuestra proclisis de conjunciones es evidente en la llamada flexión hipotética vasca con *ba*, como *baleki*, *sisupiera*, en la concesiva con *aŕen*, como *ereinaŕen*, *aunquesiembre*, en la final con *teko*, como *etorteko*, *paravenir*, etc. Aunque son muchos más los casos de la imponente conjugación vasca en que el análisis se rinde por ahora ante los oscuros elementos que la forman. Nadie como nuestro nuevo compañero para ayudarnos a penetrar en este dédalo hasta hoy inexplorado.

Lo que para gramáticos y profanos da una especial fisonomía al vascuence, la posposición de los determinantes, tampoco sirve, por desgracia, para descubrir y probar la genealogía de esta lengua, ya que la historia nos descubre que tal rasgo inconfundible surge un día por motivos leves en la vida de las lenguas. Que nosotros no digamos *péloal*, *viejecítaalo*, *puénteanteel*, *cásaen*, *amígocon*, como se dice en vascuence *biloara*, *atxoala*, *Zubiaurre*, *etxean*, *lagunarekin*, ha estado en muy

poco. Entre las vacilaciones y los cambios de frente que por un azar siguen las lenguas en la colocación de determinantes, se nos ofrecen casos curiosos. La preposición adverbial, antepuesta en la vieja poesía índica, aparece pospuesta en general en la prosa sánscrita; y al revés, en griego, la posposición, tan frecuente en la lengua homérica, se hace rara en la posterior. El itálico primitivo, como el vascuence, posponía la preposición, y sus fieles herederos el osco y el umbro decían respectivamente, en vez de *ad aram*, *asam ad*, y en vez de *pro arce*, *ukriper*. Fué probablemente la divergencia entre el sistema de composición por prefijos, que exigía el verbo, y el de posposición de preposiciones la que hizo resolver esta contradicción que vemos en las Tablas Iguvinas, *ukriper*, *pro arce*, en oposición con *preveres*, *prae foribus*. El predominio del rico sistema verbal del latín fué el que hizo olvidar la composición, con la supervivencia de algún caso raro, como *semper*, *quoad*, etc. Como en vasco se dice *lagunarekin*, *amígocon*, se decía en latín *mecum*, y seguimos diciendo inconscientemente *migo*, *tigo*, *nosco :* sin el influjo de *praedicere* y *componere*, etc., hoy diríamos no sólo *contigo*, sino como en vascuence, *cásaa* y *piédracon*.

Sea o no este orden del vascuence original, o desarrollado en su curso por la generalización de un procedimiento que han conocido todas las lenguas indoeuropeas, es innegable que su exotismo formal entre las europeas actuales le ha creado una situación de privilegio para subsistir a través de tantos siglos y vicisitudes, supervivencia que no se explicaría por las solas causas históricas sin atender a sus condiciones biológicas. La independencia formal y la falta de conexión con otras lenguas ha contribuído no sólo a mantenerlo, sino a desarrollar el carácter, para mí más saliente, de su vitalidad. El vascuence es en este sentido una lengua excepcionalmente productiva, una lengua viva por excelencia. Por una singular paradoja, este idioma, que tanto arraigo muestra a la tradición multisecular, es entre los que le rodean el que con más libertad innova y produce nuevos elementos. Rodeado de hablas románicas que tan pobre vitalidad germinativa muestran y que tan lenta y tímidamente acrecen con la derivación la herencia latina, el vascuence tiene el don singular de multiplicar libremente sus voces, de maznar, como con gráfica expresión dice el señor Azkue, cuantos elementos caen a su alcance, presentando con tales y tan variadas

formas un elemento indígena o extraño, que no lo conociera ni la lengua que lo prestó. Tengo por seguro que el HABERE o hacienda que en las regiones francesas y españolas se aplicó al ganado, especificado según el predominio de las especies que constituían la principal riqueza de cada localidad, que en Provenza se aplicó a la oveja, en Lyon a las abejas, en unas zonas de España a las bestias de labor y en otras a las de carga *(haberío* o *abrío)*, es la misma voz latina HABERE que en vascuence dió *abere*, ganado, de significación igualmente vacilante. Pues bien; mientras HABERE es en las lenguas románicas una voz petrificada, sin facultad de reproducirse, el vascuence, extraño al latín, por esa virtud de maznar cuanto en sus manos cae, ha hecho con este préstamo un grupo importante, como *aberetu* embrutecèrse, *aberats* rico, *haberaski* riquezas, *aberastu* enriquecerse, y hasta el neologismo *aberaskal* plutocracia. No hay que decir que el vascuence *abere zamari* animal de carga, no es otra cosa que el SAGMARIUS, el *aver sommier*, el *sommer* aragonés aplicado al pollino. Podríamos decir que es tal la facultad de ceñir o plasmar vocablos del vascuence, que en él es más importante la virtud que la materia, más esencial la potencia de forjar voces que las voces mismas. De los recursos más a mano, de cualquier onomatopeya, que en las lenguas apocadas sirve para formar un solo término, saca el vascuence con la agilidad de un prestímano las más variadas y pintorescas formas. El problema, pues, de orígenes, tanto como en la determinación de la estructura ha de basarse en la pesquisa de los elementos, que han de ir arrancándose tenazmente al misterio uno a uno. En la abrumadora bibliografía del vascuence hay magistrales estudios que han fijado minuciosamente el mecanismo y funcionamiento de este idioma. Es cierto que no faltan los trabajos de orígenes, algunos tan fundamentales como el de Trombetti y las monografías de Schuchardt; pero en su mayoría referidos a lo que el señor Azkue llama el deporte etimológico. Sólo un oscuro contagio de la pasión en que los estudios vascos se han desenvuelto, explica que romanistas tan hechos al dato concreto entren, como un gran maestro alemán de la filología románica, en las discusiones genéricas de si el vascuence es o no una lengua indoeuropea, cuando los orígenes concretos de las principales palabras no están aún determinados. No se insistirá bastante en la idea de que, si la composición y la posposición

de determinantes son los caracteres más llamativos para el vulgo y para los filólogos, y aun podrían tomarse como criterio posible para emparentar este idioma, nunca pueden ser considerados como criterio decisivo. Si es útil el exponer a la admiración la singular fecundidad de las composiciones verbales vascas del tipo de *loegin* y *arizan*, más útil será para caracterizar al vascuence el probar si la filiación de *izan* y *egin* se encuentra en las lenguas indoeuropeas vecinas, aunque su vitalidad sea en ellas insignificante. Lo indudablemente urgente, pues, es la investigación modesta, para determinar rasgo tras rasgo y vocablo tras vocablo qué elementos son imputables a la romanización, cuáles pueden emparentarse con el grupo céltico, etcétera, hasta completar y deslindar en lo posible cada sección, todo ello iluminado por criterios fonéticos y posibilidades históricas, sin perderse en una comparación sin método científico ni fundamento histórico ni geográfico. En esta investigación sistemática la calidad vence a la cantidad: un rasgo vale por el mejor discurso. Una sola palabra, *centum*, ha servido para descubrir el nuevo mundo de la filología, para clasificar las lenguas y poner en claro que el sánscrito, lejos de ser la madre y modelo de las indoeuropeas, es una de tantas lenguas del grupo, corrompida en lo más esencial, por haber trastornado su vocalismo al ir a sumergirse en la India en un ambiente semítico. Unos pocos caracteres del celta, como los futuros con *b* y la pasiva con *r*, han revelado que su relación genética con el latín es más estrecha que del latín con el griego, a pesar de que éste en el período grecizante volcó ocho mil voces sobre su vocabulario. Si alguien lograra demostrar que el vascuence *ille* ha perdido una *p*, como el céltico *ul*, gemelo de *pilus*, o que el vasco *lau*, llanura, se emparenta con el *Mediolanum* francés, habría dado un paso más seguro en el esclarecimiento de orígenes que las afirmaciones rotundas a favor de tal o cual procedencia. La relación del galo *Mediolanum* con el *lau* vascuence confirmaría además una ley fonética, suficiente a explicar el hecho, que al señor Azkue sorprende, de que en algunas regiones como *Zestona* se diga por los naturales *Zestua*, siendo así que hoy no oscurecen la *n* de las voces comunes. Nos probaría que esta ley adormida, que vemos cumplida históricamente en *area*, *balea* y *pozoi*, y que Luchaire ha estudiado prolijamente en la Aquitania, tendría antes existencia en el vasco común. La

aceptación de *b* en vez de *f*, la conversión de ECCLESIA en los dialectos célticos en *iliz*, gemelo del vasco *eliza*, el vocalismo del céltico *mynydd*, paralelo al de *mendi*, y otros tantos casos de términos salientes, probarían el grado de relación de estas lenguas vecinas. Es curioso que el vasco denomina el oso en común con el celta, *artz*, y no con el latín. La relación sobre todo de elementos gramaticales daría base para calcular otras importaciones más fáciles. Así valdría por muchas etimologías el determinar si en *lagunarekin* tenemos la preposición *com* que vemos en los compuestos córnicos y armónicos con *kym*, estudiados por Zeuss. Sin hacer mentalmente remotos viajes, nos urge puntualizar aún el caudal común de probable origen prerrománico que conservan Córcega, Cerdeña, Italia y hasta los Balcanes en conformidad con Vasconia. El área geográfica que desde el vasco, representado por *sagu*, se extiende por Navarra, Aragón y Cataluña (*sargantana*, gemelo de la *sugalinda* vasca) y las islas del Mediterráneo (como el *saccapinuto*, sapo o ratón alado del corso), suministrará probablemente elementos curiosos de esta relación. Es parecido el caso de *zakar* perro, que se extiende hasta los Balcanes, relacionado con el *chakurra* vascuence. Por otra parte, la importancia que el conocimiento del vascuence puede tener para el castellano es considerable. Muy en confuso tenemos una idea, casi un presentimiento, de la influencia que aquella lengua ha podido ejercer en la nuestra, nacida tan a su lado en las montañas de la alta Castilla. Este influjo, acaso más eficaz que en las palabras, que corren de un lado a otro en alas de la civilización, en las modalidades que tenazmente sobreviven, es posible que un día se descubra en todo su valor. Nos interesa además el vascuence por presentar un rico caudal latino. Mezclado y desfigurado se descubre injerto en él un dialecto románico, con su fonética propia, semejante a la del navarro en los rasgos más característicos, como la reducción del *li* y *cl* en *ll* o *il*, como VERECLU *morrollo* y SPECLU *spiclu*, etc. En él descubrimos viejas voces, como *aztore*, y elementos que otros dialectos han perdido. El balance de este caudal, aunque muy incompleto, está seriamente iniciado en estudio con base científica, como los de Unamuno y la tesis de Redfield, que pecan de más en algún caso, pero que no incluyen muchos términos latinos del vascuence. Sólo el estudio histórico de la romanización del vascuence, si los elementos del tipo

de *pike* y *kipula* son de la romanización primaria sertoriana; si casos como *gela* (reducido al latín *cella*, pero que acaso sea una forma independiente del grupo que va desde el griego καλιά al moderno *halle)* son latinos o sólo indoeuropeos; si los grupos en *ll* del tipo de *loilo*, cizaña, son de formación propia o importaciones del navarro, y otros muchos problemas semejantes, constituirían un amplio tema de investigación. Ni siquiera de estos elementos tenemos tampoco una fonética organizada, que serviría de piedra de toque para admitir como latinos elementos muy desfigurados, y rechazar formas que externamente parecen muy semejantes.

Latinista y conocedor como pocos de la lengua vasca, está el señor Azkue en las mejores condiciones para contribuir a esclarecer estos y otros problemas tan inquietantes como difíciles. Al dar al ilustre compañero el parabién en nombre de la Academia, yo me atrevo a dirigirle un cariñoso estímulo para intensificar estos trabajos, que tanto lustre ha de proporcionar al vascuence como a nuestro idioma. Con el señor Azkue, además, es posible la investigación fría y exclusivamente objetiva. Su espíritu abierto hace compatible el amor, y aun la pasión, por esta lengua maravillosa, con la libertad de orígenes: no es, según sus palabras, de los que oyeron los diálogos del vascuence del Paraíso, ni de los que descifraron por este idioma los misterios del Apocalipsis. El prestigio del vascuence está más alto y es más absoluto. Las lenguas, como las razas, no necesitan, en definitiva, una convencional patente de pureza de origen. El idioma vascuence, que ha sido instrumento de un noble y glorioso pueblo y de una civilización milenaria, tiene por estos solos títulos derecho a la admiración de todos, como lo tiene a la de los filólogos por su maravillosa arquitectura. Sean centenares los elementos románicos, o sean millares, es lo mismo para la ejecutoria del vascuence, arca veneranda que habrá recogido trofeos extraños, pero que amorosamente guarda los tesoros propios de su antiquísimo patrimonio.